El mito nahua de la creación del cosmos y el principio de los reinos

Enrique Florescano

Entre los mitos de creación mesoamericanos, el de los nahuas tiene un lugar especial. Es el más divulgado pero no el mejor comprendido. También es el más reciente. Sus últimas versiones están registradas en la Historia de los mexicanos por sus pinturas y la Leyenda de los Soles, que datan de 1531 y 1558, respectivamente, pero su contenido y características provienen de los relatos mixtecos, mayas y teotihuacanos que los precedieron.

Por los temas que trata y la manera de presentarlos, el mito mexica pertenece a la tradición establecida por el mito palencano y el Códice de Viena. Al igual que éstos, se divide en tres partes: fundación y ordenamiento del cosmos; creación de los seres humanos, las plantas cultivadas y el sol; y establecimiento de los primeros reinos y linajes gobernantes.

Aun cuando estos relatos parecen seguir un canon cuyo origen se pierde en los tiempos más remotos, cada pueblo inscribe en él sus rasgos propios, de modo que a la postre es imposible confundirlo con otros. Así, el mito nahua incluye en la primera parte el famoso ciclo de la creación y destrucción de los cuatro soles, una saga cósmica que se imprimió en numerosos relatos y monumentos, como en el llamado Calendario azteca (Fig. 1). Según este relato, los dioses crearon primero un Sol de Tierra (Nahui Ocotl), luego un Sol de Viento (Nahui Ehécatl), más tarde un Sol de Fuego (Nahui Quiahuilitl), y al final un Sol de Agua (Nahui Atl). Pero estos soles fueron sucesivamente arrasados por jaguares belicosos, vendavales irresistibles,

* Este artículo forma parte de un ensayo sobre las formas de recordar y contar el pasado mexicano, de próxima publicación.

lluvias de fuego y diluvios catastróficos. En cada uno de esos intentos la humanidad que pobló esos soles fue aniquilada por la irrupción de fuerzas incontrolables.

Si se compara este pasaje con el episodio similar del *Popol Vuh* que relata los tres fracasos iniciales de los dioses para ordenar el cosmos, se advierte que ambos obedecen al mismo propósito: subrayan la dificultad que significó para los dioses esta primera tarea, y su decisión de luchar contra las fuerzas destructivas que resistían el ordenamiento del cosmos.

El mito nahua reproduce asimismo la lucha binaria de contrarios que registran los mitos de creación anteriores. El ciclo de nacimiento y destrucción de los cuatro soles está gobernado por el combate entre los dioses telúricos y los dioses celestes, por la oposición entre los soles vinculados al inframundo (Sol de Tierra y Sol de Fuego) y los relacionados con el cielo (Sol de Viento y Sol de Agua). El pasaje más recordado de la creación del Quinto Sol tiene por centro el conflicto representado por el humilde Nanahuatzin (el llamado hijo de Quetzalcóatl en la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*), y el orgulloso Tecuciztecatl. Según relatan algunas versiones de la creación del Quinto Sol, una asamblea de dioses reunida en Teotihuacán convocó a Nanahuatzin y a Tecuciztecatl para consumar su propio sacrificio y propiciar la creación del nuevo Sol. Ambos dioses aceptaron ese desafío e iniciaron los ritos preparatorios de ese acontecimiento excepcional. Pero mientras Tecuciztecatl vestía ropas elegantes y hacía ofrendas ostensibles, Nanahuatzin, pobre y lagado del cuerpo, brindaba manojos de cañas verdes, púas de maguey y sus propias costras en lugar de copal. Por último, cuando ambos se aproximaron al horno ardiente donde habrían de sacrificarse, Tecuciztecatl cuatro veces intentó arrojarse al fuego y cuatro veces desistió. En cambio, Nanahuatzin, cuando fue llamado, lo hizo al primer intento, consumiéndose en las llamas. De este modo Nanahuatzin se convirtió en el Sol radiante de la nueva era del mundo, y Tecuciztecatl, quien se quemó más tarde, se transformó en Luna.

La alegría que produjo en los dioses ver los dos astros brillantes se cambió en consternación al advertir que permanecían inmóviles en la orilla este del cosmos. Alarmados, los dioses se consultaron entre sí y decidieron sacrificarse ellos mismos para alimentar al Sol y ponerlo en movimiento. Así lo hicieron y entonces comenzó la acompasada trayectoria del Sol de este a oeste, que dio origen al día y la noche, las estaciones y el fluir incesante del tiempo. La cosmogonía del Quinto Sol reconoce como un don divino la creación del Sol y los seres humanos, y establece una relación necesaria entre el mantenimiento de la vida en el mundo y el sacrificio de los seres humanos. El relato cosmogónico destaca el esfuerzo de los dioses por imponer el orden y crear la vida en el mundo: su propio sacrificio es el momento
decisivo de esta serie de esfuerzos para imprimirle movimiento al Sol. Y precisamente lo que subraya el mito es que si el sentido de la creación divina fue instaurar la vida en el mundo, el sentido último de las criaturas terrenas es el de mantener con su propio sacrificio el orden creado y la vitalidad del universo.

Al narrar la participación de Nanahuatzin y Tecuixtécatl en la creación del nuevo Sol, el mito establece una oposición entre las poblaciones sedentarias oriundas de la Cuenca de México y los grupos norteños recién llegados. Algunos autores han señalado que la descripción de Tecuixtécatl como un personaje rico, saludable y ostentoso es una representación alegórica de los pueblos agrícolas sedentarios, mientras que Nanahuatzin, el dios humilde, pobre, casi desnudo pero resuelto y valeroso, es una imagen de los mexicas. El simbolismo de ambos dioses, sus ofrendas y su disposición anímica manifiestan dos mundos diferentes. El arrojo de Nanahuatzin, aun enfermo, pobre y sin méritos, lo convierten en Sol, la deidad suprema de la nueva era. Por su parte, el temor y la indecisión de Tecuixtécatl lo vuelven una deidad de la noche, un reflejo de la luz resplandeciente del Sol, un seguidor perpetuo del astro luminoso. El conjunto de esta alegoría expresa un trastocamiento del orden antiguo: el poderoso y rico se torna débil, en tanto que el pobre se convierte en Sol, potencia creadora y conquistadora.  

En la Historia de los mexicanos por sus pinturas y en la Leyenda de los Soles, luego del relato de la creación del sol vienen los textos que se refieren al origen de la guerra sagrada. Ésta es una de las partes más característicamente mexicanas del relato de la creación del Quinto Sol. Está dedicada a sancionar la misión sagrada de los mexicas como guerreros encargados de procurarle corazones al Sol. Dice el mito que en el año 1 Técpatl fueron engendrados los innumerables mimixcoa, los pobladores originarios a quienes el Sol proveyó de escudos y flechas para hacer la guerra y ganar corazones para sustentarlo. Sin embargo, estos hombres se dedicaron a cazar, a disfrutar sus alimentos y a los placeres sexuales, olvidando la tarea de nutrir al Sol. Ofendido por esta conducta, el Sol procreó otros cinco mimixcoa, a quienes también dotó de escudos y flechas fuertes, y les ordenó acabar con los primeros mimixcoa. Los cinco mimixcoa emboscaron a los cuatro-

---

cientos, los masacraron y por primera vez dieron de beber sangre al Sol. Esta parte del mito registra la primera guerra sacrificial ocurrida en la Tierra, celebra la primera ofrenda de corazones para el Sol recién creado, reconoce a los mimixcoa-mexicas como primeros sustentadores del Sol y es, por tanto, un paradigma para las guerras posteriores que emprenderán los aztecas.³

Como en el Popol Vuh, en el mito nahua el acto exultante de la creación no es la aparición de los seres humanos o de las plantas cultivadas, sino el nacimiento del Sol, la potencia creadora que pone en movimiento el universo. En la cosmogonía mexica Tonatiuh es el dios creador del Quinto Sol, la deidad cuyo nacimiento le imprime movimiento y calor al cosmos, inicia el transcurrir del tiempo y alumbr la nueva edad del mundo: la edad del Sol de Movimiento, Ollintonatiuh. Esa deidad luminosa, guerrera y celeste sustituye a los antiguos dioses del inframundo y la fertilidad, incorpora en su simbolismo los poderes germinadores y ordenadores de aquéllos, e impone un tributo riguroso a los seres humanos.⁴

Si se revisan con cuidado estos textos se observa que están basados en fuentes antiguas. Por ejemplo, varios pasajes narran la creación del cosmos, los seres humanos y el maíz de manera semejante al texto que grabó Kan Balam en los templos de Palenque en el año 692. Así como el texto maya refiere que el dios de maíz fue el progenitor del cosmos y de los seres humanos, tres relatos nahua cuentan que Quetzalcóatl descendió al inframundo, rescató los huesos de la antigua humanidad y creó con ellos a los seres del Quinto Sol. Los relatos mayas y nahua coinciden en señalar que la aparición de la nueva humanidad fue precedida por una intensa batalla entre los emisarios celestes (los Gemelos Divinos en el Popol Vuh, y Quetzalcóatl-Xólotl en los textos nahua) y los dioses del inframundo. El momento dramático de esta batalla lo crea la determinación de los dioses del inframundo de retener a los seres humanos, los astros y las semillas en esa región, y la decisión de las potencias celestes por liberarlos de esa prisión y devolverlos al mundo de la luz.⁵

El análisis comparativo de los mitos de creación mesoamericanos muestra que la mayoría sigue la secuencia que narra primero la fundación del cosmos, luego la creación de los seres humanos, las plantas cultivadas y el

³ Graulich, Mythes et rituels du Mexique, pp. 16-65; Duverger, El origen de los aztecas, pp. 325 y 343-347.
⁵ Los textos nahua a que me refiero aquí están contenidos en el Códice Chimalpopoca, pp. 120-121; y Teogonía e historia de los mexicanos, pp. 106 y 108. Un resumen de estas concepciones se halla en Florescano, El mito de Quetzalcóatl, pp. 266-271.
sol, y por último el origen de los reinos. Es el mismo orden que adopta el mito nahua que venimos comentando, y por eso después de la creación el sol procede a contar el nacimiento del reino. Pero aquí la Historia de los mexicanos por sus pinturas y la Leyenda de los Soles nos conducen al corazón de un misterio no resuelto desde la publicación de estos relatos. Ambos textos narran, efectivamente, el principio del reino, pero en lugar de contarnos los inicios del reino mexica nos hablan de los orígenes del reino de Tula y de su fundador, Ce Ácatl Tolpitzin Quetzalcóatl! La Historia de los mexicanos dice claramente: "y en el tercer año sexual (año después del) diluvio comenzó Ce Ácatl a guerrear y fue el primer señor de Tula". Por su parte, la Leyenda de los Soles asienta: "El nombre de este Sol es Naollin (4 movimiento) [...] Fue el mismo Sol de Topiltzin (nuestro hijo) de Tollán, de Quetzalcóatl".6

Los textos cosmogónicos aquí considerados presentan visiones mitificadas de los hechos históricos que narran, pero no trastocan su secuencia temporal. La imagen histórica que ofrecen es coherente con el desarrollo político documentado por la arqueología y otras fuentes. Hay bases, por tanto, para aceptar como verosímiles los textos nahua que afirman que después de la creación del sol en Teotihuacán comenzó el reino que tuvo por capital a esa ciudad y como gobernante a Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl. Es decir, resulta claro que el reino de Tollán o Tulán al que aluden estos textos no es la Tula del estado de Hidalgo a la que se refieren los historiadores y los arqueólogos,7 sino Teotihuacán. Esta tesis, sostenida primero con entusiasmo por Laurette Séjourné8 y luego desacreditada por la mayoría de los arqueólogos, ha cobrado nueva vida. Hace poco David Stuart encontró en los textos mayas un dato que parece iluminar el misterio del nombre de la gran urbe. Según su lectura de los glosarios, los mayas de la época clásica se referían a Teotihuacán con el vocablo pu'uj (caña o junco). Otros textos zapotecos también identifican a la gran ciudad del Altoiplano como "el lugar de los tules". Apoyado en estos datos Stuart sugiere que los mayas y

---

6 Teogonía e historia de los mexicanos, p. 38; Códice Chimalpopoca, pp. 7-8, 121 y 124-125. La llamada "Relación de la genealogía y linaje de los Señores..." ofrece una versión semejante. Véase Relaciones de Texcoco y de la Nueva España, Chávez-Hayhoe, México, 1941, pp. 240-256.
zapotecos llamaban Tollán a Teotihuacán, el sitio donde se reproducían abundantemente los tules, símbolo de multitud y metrópoli.9  

Si aceptamos estos datos, Teotihuacán sería entonces la primera Tula, la ciudad legendaria donde se originó la civilización, la fabulosa Tollán o Tulán de los textos nahuas que encomián a los toltecas como sabios y artistas insuperables. Su idioma sería entonces el náhuatl, la lengua que heredaron los toltecas y transmitieron más tarde a los pueblos chichimecas que arribaron a la Cuenca de México.10 En la tradición nahuana, Tollán es el mitico lugar de origen de los pueblos civilizados, los llamados toltecas, y en la tradición maya es el lugar de origen de los Ah Puh, los hombres sabios fundadores de reinos prestigiosos. En la tradición mítica y cosmogónica de Mesoamérica, Tollán-Teotihuacán fue la ciudad donde se originó la presente era del mundo, el lugar donde nacieron los primeros seres humanos y comenzó el tiempo.11  

Lo cierto es que los mitos nahuas de la creación del mundo empiezan a narrar la historia de los mexicas después de concluir el relato acerca de Tula y Quetzálcoatl, es decir, de Teotihuacán y su más célebre gobernante. Estos escritos consideran a Teotihuacán como el reino inaugural del Quínto Sol y presentan una imagen magnificada de esa ciudad maravillosa, quintaesencia y paradigma de las creaciones humanas. Los cantos dedicados a celebrar la aparición del primer reino del Altiplano Central son los más hiperbólicos de la literatura mesoamericana. En ellos el reino de Tula


10 Leonardo Manrique afirma que razonablemente podría suponerse que los nahuas “tenían el poder en Teotihuacan; probablemente a esto y a sucesos posteriores obedece la uniformidad del náhuatl de esta región”. Véase su estudio “Historia de las lenguas indígenas de México”, en Garza Cuaron y Baudot, Historia de la literatura mexicana, p. 64. La Historia general de las cosas de Nueva España de Sahagún (II, pp. 654-655) identifica a los toltecas con los pobladores originales de Teotihuacán y dice: “estos dichos toltecas eran ladinos en lengua mexicana [...] aunque no la hablaban tan perfectamente como ahora se usa”. Y agrega: “todos los que hablan claro la lengua mexicana, que les llaman nahuas, son descendientes de dichos toltecas, que fueron los que se quedaron y no pudieron seguir a Quetzalcóatl”.

es la imagen de la civilización y la abundancia. Los toltecas son los inventores del registro del tiempo y de las artes adivinatorias, los expertos en el conocimiento de las plantas, la religión y los libros pintados. Los pobladores de Tula son los renombrados artífices de la escultura, arquitectura, ofebrería, pintura, lapidaria, plumería, tejido, música... Tula, la capital del reino, es una urbe opulenta, formada de edificios magníficos, como el llamado Templo de Quetzalcóatl.12

Esta descripción de Tula y los toltecas se unió con otra imagen portentosa que describía el reino de Quetzalcóatl como un sitio bendecido por la riqueza material y la abundancia agrícola. Un texto dice que el reino de Quetzalcóatl tenía "todas las riquezas del mundo, de oro y plata y piedras verdes que se llaman chalchihuites, y otras cosas preciosas". Tula era un vergel pródigo, donde el algodón germinaba en copos multicolores, y el maíz era abundantísimo, y las calabazas muy gordas [...] y las mazorcas de maíz eran tan largas que se llevaban abrazadas [...] y los dichos vasallos del dicho Quetzalcóatl estaban muy ricos y no les faltaba cosa ninguna, ni había hambre [...].13

Éstos y otros cantos exaltados son restos de la grandiosa apología con la que Tula-Teotihuacán celebró la creación del Quinto Sol. Fue tan profunda la huella que dejó esta tradición teotihuacana que los mexicas guardaron ese legado como cosa preciosa, y en él se inspiraron para escenificar su propia celebración del Quinto Sol. Los mexicas le agregaron a la apoteosis del nacimiento del Sol y la fundación del primer reino en Tula-Teotihuacán el episodio de la creación y destrucción cíclica de los cuatro soles anteriores, y la sentencia ominosa de que si el Quinto Sol no era alimentado con corazones humanos sería arrasado por temblores. Como se advierte, el prestigioso modelo teotihuacano de la creación del Quinto Sol fue recogido por los mexicas en su propio mito cosmogónico, agregándole la consigna de que eran ellos el pueblo escogido por los dioses para procurarle corazones al Sol.

Los textos nahua que describen la saga de Quetzalcóatl en Tula-Teotihuacán coinciden en señalar que ese reino legendario fue abandonado por su rey y supremo sacerdote, y despoblado por los macehualte que lo habitaban, quienes siguieron a Quetzalcóatl en su huida.14 Otra fuente dice que cuando Quetzalcóatl llegó al poblado de Coapa fue alcanzado por un

12 Sahagún, Historia general de las cosas de Nueva España, ii, pp. 650-651.
13 Ibid., i, pp. 208-209.
14 Teogonía e historia de los mexicanos, pp. 38, 115; Sahagún, Historia general, ii, p. 654.
grupo que había decidido permanecer en Tula-Teotihuacán. Éstos le pidieron que dejara en la ciudad “todas las artes mecánicas de fundir plata y labrar piedras y madera, y pintar y hacer plumajes, y otros oficios” que él había promovido y protegido. Quetzalcóatl no aceptó esa oferta y entonces los nigrománticos lo despojaron de su herencia.\textsuperscript{15} Es decir, según esta versión, Tula-Teotihuacán fue abandonada masivamente por los macehuales (los campesinos y artesanos), quienes formaban el grueso de los seguidores de Quetzalcóatl. Otros textos narran la caída y el despoblamiento de Tula-Teotihuacán como consecuencia de un enfrentamiento prodigioso entre el malévolo Tezcatlipoca y el sabio y pacífico Quetzalcóatl.\textsuperscript{16}

Sea de ello lo que fuere, sólo hasta que termina la saga de Quetzalcóatl en Tula-Teotihuacán comienza el relato que narra la entrada y el asentamiento de los mexicas en la Cuenca de México. La crónica de la peregrinación desde el fabuloso Aztatlán hasta el asentamiento final en México-Tenochtitlan en 1325, forma la porción más extensa del mito nahua de la creación. Esta parte refleja la imagen que los mexicas quisieron estampar de sí mismos en el Altiplano Central.

Siguiendo el modelo establecido en el \textit{Códice de Viena} o en el \textit{Popol Vuh}, los nahua narran este periplo en la forma de anales, como si fuera una crónica: cada vez que en un año ocurre un acontecimiento importante, éste es registrado en el relato. Una geografía terrenal y una cronología humana dotan a esta narración de una apariencia histórica. Pero los acontecimientos registrados en esos anales no tratan de acciones humanas, sino tan sólo del cumplimiento del designio de los dioses. Desde que los mexicas abandonan Aztatlán sus acciones son decididas por Huitzilopochtli, el dios patrono que los protege y guía. Del mismo modo que en el \textit{Popol Vuh} Tojil es el conductor supremo de la marcha del pueblo k‘iche’ hacia las tierras altas de Guatemala, en el relato nahua Huitzilopochtli es el jefe de la peregrinación mexica. Y a semejanza del texto k‘iche’, esta parte del texto nahua se articula alrededor de la pugna que opone a los invasores mexicas contra las poblaciones sedentarias de la Cuenca de México.

El viaje hacia la predestinada Tenochtitlán está tejido de recorridos misteriosos, acontecimientos legendarios, prodigios y acciones cuyo significado no siempre es claro. Pero importa señalar que esas acciones se concentran alrededor de ciertos hechos críticos que son los que parecen dirigir la narración y dotarla de sentido. Por ejemplo, después de la salida de Aztatlán el acontecimiento importante es la encarnación prodigiosa de Huitzilopochtli

\textsuperscript{15} Sahagún, \textit{Historia general}, 1, p. 217.

\textsuperscript{16} \textit{Ibid.}, 1, pp. 210-216.
en el cerro de Coatepec. Como sabemos, Huitzilopochtli está presente en la peregrinación mexica desde la salida de Aztlán, ya que en los códices es el dios patrono que dirige cada etapa del periplo (Fig. 2). Pero en los textos y en las imágenes su representación es simbólica: casi siempre aparece bajo la forma de una cara que sale del pico abierto de un colibrí. Por esta razón el episodio de Coatepec es decisivo, pues ahí encarna en forma humana, vestido con sus atributos e irradiando todo su poder.

Cuenta el mito que cuando la diosa Coatlicue barrió un templo en lo alto del cerro de Coatepec, encontró una bola de plumas que recogió y guardó en su seno. Este contacto de las plumas con el cuerpo de la diosa produjo la gestación maravillosa de Huitzilopochtli. La hija de la diosa, Coyolxahuqui, y sus innumerables hermanos, los cuatrocientos Huiznahua, al percibir el embarazo de su madre montaron en cólera y tramaron su muerte y la del hijo. Cuando los complotados se apresuraban a cumplir su designio, Huitzilopochtli brotó de las entrañas de su madre poderosamente armado y de inmediato decapitó a Coyolxahuqui, desmembró su cuerpo, lo precipitó desde las alturas del cerro y acabó con los 400 Huiznahua. Tal fue la encarnación corpórea de Huitzilopochtli, una demostración fulminante de su fuerza y de su determinación de exterminar a los enemigos del pueblo mexica (Fig. 3).17

Otro episodio notable de la peregrinación es el arribo de los mexicas a la Tula de Hidalgo. Este registro es significativo porque indica sin sombra de duda que el relato cosmogónico distingue, tanto en el tiempo como en la geografía, a la Tula–Teotihuacán temprana de la Tula del posclásico (900-1200). Dice el texto que cuando los mexicas llegaron a Tula, este lugar “a la sazón estaba poblado de los naturales de dicha tierra que eran chichimecas”. También señala que los mexicas tuvieron un conflicto con los de Tula y los mataron.18 Como se advierte, los redactores mexicas del texto muestran una gran fraldial respecto a los pobladores de la Tula histórica que conocieron, lo cual contrasta con su veneración exaltada por los fundadores de Tulán–Teotihuacán.

El nombramiento de su primer tlatoani, Huitzilihuitl, más legendaro que real, es otro episodio que la crónica de la peregrinación cuida de registrar, anticipándose a la autonomía política de la que sólo gozarán muchos años más tarde. Finalmente la crónica se detiene a celebrar la fundación de México–Tenochtitlán en el lugar previsto por la clarividencia de Huitzilopochtli: en el islote de la laguna donde se erguía un nopal y arriba

17 Teognía e historia de los mexicanos, pp. 43-44.
18 Ibid., pp. 44-45.
de él se posaba un águila agitando sus alas (Fig. 4). Este acto final de la peregrinación concentró el mayor número de simbolismos políticos y mensajes ideológicos relacionados con el pueblo mexica. La fundación de la ciudad en el centro de la laguna adquirió el triple significado de fin de la azarosa peregrinación, principio de la grandeza de México-Tenochtitlán y símbolo territorial del estado mexica.

Innumerables cantos, monumentos y pinturas transformaron el mito de la fundación en una imagen que corroboraba el destino providencial del pueblo mexica. La imagen del tunal emergiendo del montículo pedregoso con el águila en lo alto cantando el himno de la guerra o combatiendo con la serpiente, se convirtió en el emblema nacional mexica. Las fiestas y ceremonias dedicadas a la fundación de la ciudad apenas si recordaron sus orígenes humildes. Pero en cambio proyectaron una idea de poder, grandeza y eternidad que se estampó en la mayoría de los testimonios de la última etapa del dominio tenochca. Un ejemplo de los himnos que elogiaban la vitalidad conquistadora de Tenochtitlán lo ofrece un texto del Códice Ramírez:

en este lugar del tunal está nuestra bienaventuranza, quietud y descanso, aquí (en Tenochtitlán) ha de ser engrandecido y ensalzado el nombre de la nación mexicana; desde este lugar ha de ser conocida la fuerza de nuestro valeroso brazo y el ánimo de nuestro valeroso corazón con que hemos de rendir a todas las naciones y comarcas [...] Aquí hemos de ser señores de todas estas gentes.19

El relato de la creación cosmogónica de los mexicas termina del mismo modo como concluyen los otros mitos de creación aquí considerados: con la relación detallada de los primeros gobernantes que pusieron los cimientos de la grandeza del reino, y con el elogio de las dinastías y los jefes conquistadores que ampliaron y continuaron la obra de los fundadores.20 En esta parte, como ocurre en el Códice de Viena o en el Popol Vuh, los dioses creadores y los dioses patronos ceden el lugar protagónico a los fundadores de reinos, a las estirpes de reyes que forjaron dinastías que se pensaron eternas, y al mismo grupo étnico, cuyo desarrollo e historia se tornan el centro del relato.

20 Véase Códice Chimalpopoca, pp. 11-68; Teogonía e historia de los mexicanos, pp. 39-66.
Figura 1. El quinto sol. Dibujo basado en la llamada Piedra del Sol, monumento mexica del Museo Nacional de Antropología. En los cuadretes que rodean la cara central de este monumento están representados los cuatro soles o eras anteriores del mundo, con sus fechas de creación: Sol de Tierra, Sol de Viento, Sol de Fuego y Sol de Agua, dispuestos de derecha a izquierda. Del disco central emergen rayos solares que apuntan a los cuatro rumbos del cosmos y hacia las direcciones intercardinales. En la parte superior del monumento está inscrita la fecha 13 Caña, que corresponde al año 1011, año del nacimiento del Quinto Sol. La diadema real y el glifo 1 Tecpatl, colocados a ambos lados del rayo solar que apunta al Este, donde nace el sol, se refieren respectivamente al poder real asentado en México-Tenochtitlán y a la fecha calendárica del nacimiento de Huitzilopochtli, el dios protector de los mexicas. En el centro del disco, donde se articulan los cuatro soles anteriores y los cuatro rumbos del cosmos, emerge la efígie temible del quinto sol, el Sol de Movimiento, cuyo ritmo creador debe ser alimentado con el sacrificio de los corazones humanos.
Figura 2. Un pasaje de la Tira de la Peregrinación que describe la emigración de los aztecas, guiados por Huitzilopochtli. El dios es cargado por la primera figura que va caminando hacia la derecha. Como se advierte, su cabeza brota del pico de un ave, y va guiando la peregrinación, como lo expresan las vírgulas de la palabra que salen de su boca. Dibujo basado en Kingsborough, 1964, vol. II, láms. I-IV.